suet. Claviers-Grandchamp hubo embajadores, gobernadores de provincias, comendadores de la orden del Espíritu Santo, pares de Francia. La casa de usted ha entroncado con otras diez casas de la aristocracia francesa ó europea. Son ustedes primos de duques ingleses, de príncipes alemanes ó italianos. Usted es un gran señor, y, yo, una burguesa, una insignificante burguesilla... No me interrumpa, amigo mío, dijo suavemente poniendo su mano sobre el brazo del joven, y deteniendo así una protesta de éste, vale más que le diga todo de una vez; crea que, al expresarme así, no siento humillación ni orgullo; jamás he comprendido tales sentimientos al tratarse de hechos tan imposibles de negar ó de modificar, cuales son la respectiva condición de cada cual. Repito que soy una burguesa; lo cual significa que los míos han comenzado por vivir estrechamente, sin pasar de la modestia á que más tarde llegaron. Yo me creo rica con los treinta mil francos de renta que juntaron, ¡al cabo de cuántos años! En nuestro mundo, eso es una fortuna; en el de usted, sería la ruina. Cuando, en tarde de gran recepción, me paseo por este barrio ante los escasos hoteles que aún quedan en pie, veo sus patios, las berlinas que esperan, los automóviles, los lacayos con librea, todo ese aparato que ustedes ya ni ven, de tal suerte están acostumbrados á él; y, ¿sabe usted cuál es mi constante impresión? Que si tuviera que vivir entre ese mundo, y de la misma manera, me sentiría fuera de mi centro, demasiado aplastada. Comprendo que todo eso no es más que

pequeñeces; pero se las recuerdo á usted porque representan todo un tipo de costumbres, todo un código social. No diga usted que no ha de imponer usted todas esas costumbres á su mujer, y que la librará de ese código: no lo podría usted. Hoy día, como soltero, y también por ser oficial del ejército, ha podido usted simplificar mucho su vida; pero su esposa no sería únicamente la compañera del señor de Claviers-Grandchamp, simple teniente de dragones, de guarnición en Saint-Mihiel; sería también la nuera del marqués de Claviers-Grandchamp, que habita un verdadero palacio en París y que posee en el departamento del Oisa un castillo histórico. Es viudo. Exigiría, y con muchísima razón, que su nuera hiciese con él y por él los honores de esas moradas de príncipe... Además, comenzaría por no aceptarme como nuera. ¡Me ha hablado usted tanto de él! ¡De tal manera lo conozco sin haberlo nunca visto! No en vano lo llama usted el *Emigrado;* repetidas veces me ha dicho usted, con abundantes detalles, que no es un hombre de nuestros tiempos, que tiene el orgullo y la religión de su raza y de la antigua Francia. ¿Y semejante hombre admitiría que su heredero, el único superviviente de sus cuatro hijos, tomase por esposa á la viuda de un capitán, hijo de un médico, é hija ella de un notario de provincia la cual, antes de ser la señora de Olier, llevaba el apellido de Barral, su padre? ¡Jamás! Casarse usted conmigo sería enemistarse con su padre; y, después, con toda la sociedad que usted frecuenta. Que no le importa, me

dice usted; que dos que se aman se bastan uno á otro... Eso es cierto y no lo es. Habría usted de padecer verdaderos tormentos al verme humillada, aunque sólo fuera imperceptiblemente; al ver que no colocaban á su mujer de usted en el puesto que le correspondiera. Por mi parte, sufriría mucho al verle á usted padecer, y, también, quizá, pues no quiero darme por mejor de lo que soy, también por mi amor propio ajado. No olvide que en todos los mundos se derrocha mucho ingenio para zaherir á aquellos que son considerados como intrusos. Si tuviéramos hijos, ¿se sentirían éstos verdaderos hermanos y hermanas de mi hijo, de mi pobrecito Olier, ellos que serían Claviers-Grandchamp? Y si... Mas, ¿para qué enumerar las miserias que cogen todas en esta palabra tan cruel, tan atinada, tan profunda : un bodorrio?... No; no seré su mujer de usted, amigo mío, y día vendrá en que me dará usted las gracias por haberle defendido contra sí mismo, por habernos defendido á los dos, puede decirse... Aunque no lo bastante, puesto que no he podido impedirle que pronunciara palabras que han de interrumpir para siempre, cuando menos por mucho tiempo, relaciones que resultaban tan dulces... — Y repitió ella : Tan dulces, añadiendo, casi con un sollozo : ¡Ah! ¡por qué, por qué haberme vuelto á hablar de esa manera!...

— Porque la amo, contestó Landrí casi con brutalidad. Y usted... usted, si me amara de veras, bendeciría, en vez de temerlas, esas diferencias que existen entre nuestros dos medios. Vería usted, en

esa hostilidad de mi mundo, en la cual nunca había yo pensado, lo confieso, vería un motivo para que me acercara más á usted, para que fuera del todo suyo... ¡Si siquiera la hubiera yo á usted visto luchar, vacilar!... No; una respuesta seca, un lúcido análisis de nuestros dos estados sociales, una situación de nuestras familias establecida serena, fría, matemáticamente; y eso al ver que yo venía loco de emoción, sin pensar más que en cuestiones de puro sentimiento... Semejante impasibilidad me hace más daño que su rotundo : « no ». Hubiera yo podido discutir, combatir los motivos de una negación : no se discute, no se combate la indiferencia; hay que sufrirla, y eso es horrible...

— ¡Qué injusto es usted, Landrí!... contestó la viuda. — Rarísimas veces lo llamaba ella así, por su nombre de pila. Esta ternura de lenguaje, la única que ella se permitiera, y tan escasamente, había acudido á sus labios ante la evidente desesperación del joven. Una mujer que ama puede soportarlo todo, disimularlo todo, salvo la compasión que excita en su alma una pena causada por ella á aquel á quien ella ama; y, destruyendo por este involuntario arranque de su pasión todo el efecto de su anterior rehuso, añadió : ¿Yo? ¿Yo indiferente para con usted?... Pero, al hablarle así, ¿en quién pensaba yo sino en usted, únicamente en usted, en su porvenir, en su felicidad?...

— ¡Cuánto quisiera yo, interrumpió el joven, cuánto quisiera yo que, en vez de pensar en mí, pensara usted en su propia persona; que tuviese

usted el egoísmo del amor, sus exigencias, sus sinrazones!... Y, no obstante, prosiguió él con el fuego de la pasión que nota que va venciendo todos los obstáculos, y que por eso mismo se exaspera en un ataque decisivo, no obstante es verdad lo que usted dice; sí, hay en su corazón cierto cariño para mí. No es usted una coqueta, y no se habría burlado de un hombre que le ha probado que la amaba, y que la amaba de veras... Hace poco le decía yo á usted que no me quería; sigo creyéndolo á ratos, y esa idea es para mí un suplicio. En cambio, otros momentos hay en que la siento tan emocionada, tan vibrante... ahora, por ejemplo... ¡Ah, por lo más sagrado que tenga usted en este mundo, Valentina (jamás se había él permitido esta familiaridad que la hizo estremecerse como un beso), si realmente me estima usted por el género de sentimientos que le demuestro, si mi constante fidelidad ha provocado en su corazón alguna ternura, contésteme. ¿Es cierto, realmente cierto, que entre mi dicha y yo, — pues usted, y sólo usted, es mi dicha — entre su corazón y mi corazón, no hay más que ese obstáculo, ese único y miserable obstáculo : mi apellido?

— No hay otro, se lo juro, contestó la joven.

— ¿Y usted quiere que yo me incline ante eso, que renuncie á usted, sólo porque soy el conde de Claviers-Grandchamp y porque usted es la señora viuda de Olier, y que el mundo en que he nacido ha de condenar nuestro enlace?

— No soy yo la que lo quiero, es la vida.

— ¿La vida? repitió el joven con voz que de repente se volvió sorda y agresiva. ¿Qué entiende usted por semejantes palabras? Mas, ¿á qué preguntárselo?... ¡Como si no estuviera yo acostumbrado, desde mi primera juventud, á ver erguirse esa valla contra todos mis arranques : mi apellido, y siempre mi apellido, y otra vez mi apellido!... Acabaré por maldecirlo. Dice usted que soy un gran señor. ¡Diga más bien que soy un paria de la jerarquía superior, ante quien tantos caminos se han cerrado, desde que cumplió veinte años, sólo por llevar tan alto apellido, y que la mujer á quien él ama lo rechaza, únicamente por ese su malhadado apellido!... ¡Vaya si la habré conocido y vivido, la tragedia del noble, puesto que mi desgracia quiere que pertenezca á la nobleza! Ser joven, entusiasta, estar sediento de acción, y verse paralizado por tradiciones en las que no ha tomado parte, mi siquiera un solo día, y verse ahogado por preocupaciones que tampoco están en su carácter... Valentina, diga usted que no me ama : seré muy desgraciado, pero no sentiré lo que acabo de sentir, y tan violentamente, es decir, un nuevo ataque de mis pasadas rebeliones, que tanto me han hecho padecer, que he combatido en mí mismo, y que llegan á veces hasta hacerme odiar á mi casta. Sí, varias veces he estado, y aun estoy, á punto de odiarla; y eso es muy cruel, pues, á pesar de todo, pertenezco á esa casta. Me tiene preso. Sé qué virtudes son las suyas, y á veces siento orgullo por ella; pero, otras, como ahora, por ejemplo, me causa algo así como un horror...

— No hable usted así, no se deje caer en tales sentimientos, imploró la viuda de Olier. Me asusta el verle tan injusto, no sólo para conmigo, cosa que olvido y perdono, sino para con su propia suerte. Decir tales cosas es tentar á Dios. Usted habla de vallas, de cárcel, de ahogo... Yo, en cambio, pienso en todos los privilegios que con su nacimiento ha recibido, y, por de pronto, el más grande de todos, el de ser tan fácilmente un ejemplo. Si hubiera usted podido oir lo que de usted se decía, á su llegada á Saint-Mihiel, muy distinta idea tendría del valor de ese apellido que á punto ha estado usted de blasfemar. Pero yo oía las conversaciones, y aun hoy me siento orgullosa por usted. Decían : Se llama el conde de Claviers-Grandchamp, y trabaja. Llegará á tener trescientos mil francos de renta, y gana notas de sobresaliente en todos sus exámenes. Es buen compañero. Trata bien á los soldados. Tiene todas las condiciones necesarias en un jefe. — Llama usted parias á los nobles, porque la envidia se ceba en ellos; pero, cuando son dignos de su elevada categoría, ¡qué influencia pueden ejercer!... Pero, por lo visto, nada de eso cuenta para usted, desde el momento que no puede someter á su voluntad la de una insignificante mujer que, dentro de diez años, estará en vísperas de ser vieja... Y entonces dirá usted de ella, si toda vez la reconociera : « ¿Dónde tenía yo la cabeza para creer amarla tanto ?...

— ¿Y si la amo lo mismo dentro de diez años, y si he gastado esos diez años en sentir no verla á mi lado ? ¿Y si ocurriera que el rehuso de esa mujer coincidiera con una de esas crisis á consecuencia de las cuales todo cambia en una vida? ¿Y si me hallara yo en uno de esos momentos en que le es preciso á un hombre tomar una decisión capital, y que necesita saber con qué apoyo puede contar?...

— Pareció el joven vacilar, y, cambiando de tono, cual el de un hombre que, después de haberse abandonado al tumulto de sus emociones, se domina y sólo quiere precisar hechos, prosiguió : Va usted á comprenderme. Vine aquí con el propósito de comenzar por esto ; pero su presencia de usted me ha emocionado sobremanera... Le he dicho que sólo un cortísimo permiso he podido conseguir : cuarenta y ocho horas, y eso con suma dificultad. Nuestro nuevo coronel no piensa lo mismo que usted respecto de los nobles ; es para ellos duro y severo. He de añadir que ha hecho bien en exigir que regrese mañana por la noche ; pues dentro de algunos días — y esto lo sabemos de buena tinta, de tinta ministerial — se efectuarán dos inventarios de iglesia en aquellos contornos, y se cree, fundadamente, que el pueblo opondrá resistencia.

— ¿Es posible ? exclamó Valentina, cruzando las manos. ¡Desde que esa ley de la separación ha sido votada, no he leído ningún relato de escena parecida á la de Paramé ó á la de Saint-Servan, sin temblar de que también usted pudiera verse comprometido en uno de esos horribles casos de conciencia de que tantos excelentes oficiales han sido víctimas!... Creía yo que en Saint-Mihiel se había efec-

tuado todo sin sacudidas, y que para nada había tenido que intervenir la tropa. Además, son tan raras las veces que, para semejantes tareas, echan mano del arma á la cual pertenece usted...

— Pues esta vez tendremos que intervenir, contestó Landrí. Nos han avisado. Y, después de todo, es lógico que así ocurra. Ó acuden los cazadores ó acudimos nosotros. En ambos regimientos hay algunos nombres que se salen de lo trillado, como, por ejemplo, ese conde de Claviers-Grandchamp, que *trabaja*, que *trata bien á los soldados*, que *tiene todas las cualidades de un jefe*. Á pedir de boca se presenta una ocasión para derrocarlo, á él y á otros de su especie. Pretexto : las dos iglesias que hay que inventariar son las de Hugueville-en-Plaine y el santuario de Nuestra Señora de Montmartin. En la primera hay un cura de bastante edad, venerado en todos aquellos contornos, que desde lo alto del púlpito ha declarado que no cedería sino á la fuerza. Y no necesito recordarle la devoción del departamento por la Virgen de Montmartin. Se trata de obrar muy rápidamente, con objeto de que los campesinos carezcan de tiempo suficiente para acudir. Hugueville y Montmartin están bastante lejos de Saint-Mihiel ; ¿de quién echar mano? de la caballería. Si son designados los dragones, á mi pelotón le toca ponerse en camino; de modo que muchas probabilidades hay para que me pille á mí el chubasco.

— ¡Pobre, pobre amigo mío! dijo la joven envolviendo al oficial en una mirada cargada de toda

la ternura que se había prometido ella ocultarle; también usted se va á ver obligado á salir de ese ejército que tanto le gusta, y en el que tenía usted tan brillante porvenir...

— No saldré del ejército, interrumpió él; y su cara tomó de repente una expresión tan tenazmente dura, que Valentina quedó extrañadísima :

— ¿Qué quiere usted decir con eso? le preguntó.

— Que me he interrogado á fondo y que no he visto en mi conciencia lo que los compañeros de que usted me habla han notado en la suya. Pero ellos eran creyentes, en tanto que yo, bien lo sabe usted, tengo dudas, no pongo los pies en la iglesia. Claro es que sentiré alguna repugnancia al ejecutar ciertas órdenes; pero repugnancia no es escrúpulo; haré lo que me piden que haga, y no saldré del ejército.

— ¿Aun si tuviera usted que mandar á sus soldados que derribaran las puertas de una iglesia?

— Aun en ese caso; les daré orden de que las derriben.

— ¿Usted, exclamó ella, usted?...

— Vaya, termine la frase, repuso el oficial con cara más tétrica; termínela diciendo : ¡Usted, un Claviers-Grandchamp!... No se atreve usted á decirla, esa palabra; y, no obstante, la piensa usted, le quema los labios. En otro que no fuera yo vería usted muy natural, usted sobre todo, que está al tanto de nuestra profesión, que ejecutara, en el estado de ánimo en que me hallo, una consigna militar, y que no viera, en la ocupación de la iglesia

de Hugueville ó de Montmartin, más que el cumplimiento de una orden como otra cualquiera. Y en mí no admite usted semejante cosa... ¿Por qué? ¡Pues, una vez más, por mi apellido!... ¿Y se extraña usted de que prorrumpa en explosiones como las de antes, contra una esclavitud cuyo peso soy el único en conocer?... Pues bien, continuó diciendo con creciente ira, precisamente porque soy un Claviers-Granchamp no quiero salir del ejército; precisamente por eso. Quiero servir. Entiéndame bien, *servir*, no ser un ocioso y un inútil, un hombre rico que pasea, en las portezuelas de sus carruajes, un blasón más auténtico que el de otros. ¡No quiero, por la simple transmisión de una orden de la cual no soy responsable, no quiero echar abajo la obra de mi juventud, convertirme en un Emigrado en el interior de mi país, como tantos parientes y tantos amigos míos, como mi padre mismo!...

— ¿No va usted, supongo, á renegar también de él? suplicó la joven. ¡Usted que tanto le quería, que tanto le admiraba!...

— Sigo queriéndolo y admirándolo, contestó Landri con voz profunda; sí, lo admiro. Nadie conoce mejor que yo sus facultades, nadie como yo sabe lo que hubiera podido ser. ¡Qué soldado! Bien lo probó durante la guerra. ¡Qué diplomático! ¡Qué administrador! ¡Qué consejero de Estado! Y no es nada. ¡Nada, nada, nada!... ¡Dice usted!... ¡Qué es el drama de mi pensamiento sino esa evidencia de las magníficas dotes de mi padre, paralizadas

por su apellido, sólo por su apellido! Desde que tengo edad de observar, lo veo, él, tan inteligente, tan generoso, tan franco y tan llano, no hacer uso de sus energías, no tomar parte en ninguna de las obras de su tiempo. Existe, sin embargo, una Francia contemporánea; mi padre vive en ella, pero sin participar de ella. Ella, nada quiere con él, quien, á su vez, nada quiere con ella. Ha pasado su juventud, pasa su edad madura, y pasará su vejez, ¿en qué? En figurar en una fastuosa parodia de antiguo régimen, entre sus recepciones de París y de Grandchamp, la caza de montería y un vasto é inútil patronato de una baja y alta clientela que vive de su lujo ó de sus generosidades. He sentido en edad temprana la nada de todo eso; mi padre, jamás la sospechará. Padece el engaño de un espejismo; vino al mundo en tiempo no lejano de una época en que la nobleza era todavía una aristocracia. Mi abuelo tenía veintiséis años, en 1827, cuando sustituyó á su padre como par de Francia; y este último, antes de 1789, era coronel de los dragones de Claviers; pues ha habido dragones de Claviers-Grandchamp, como los hubo de Custine y de Jarnac, de Belzunce y de Lanán. ¡Qué lejos está todo eso! Para mi padre, esas cosas tan destruidas, tan abolidas, son todavía realidades. Las toca, ha conocido á gente que las vió. Siendo niño, ha jugado sobre las rodillas de viejísimas damas que formaron parte de la corte de Versalles. Diríase que ese pasado, cuanto más se aleja, más lo fascina. Para mí, ese pasado es la muerte, y he querido vivir: por

eso he entrado en el ejército. Verdad es que no podía elegir otra cosa; todas las demás carreras le estaban cerradas al futuro marqués de Claviers-Grandchamp. Ahí tiene usted los privilegios de que antes me hablaba; no quise contradecirla, pero es cierto que todas las carreras están cerradas para mí. ¿Las Relaciones exteriores? cerradas. Siquiera el Imperio habría aceptado á mi padre; pero, hoy, no hay que soñar con eso. ¿El Consejo de Estado? cerrado. ¿La administración? cerrada. ¿Se figura usted un noble prefecto? Sin embargo, lo eran en tiempo del Imperio y de la Restauración. ¿Las carreras liberales? cerradas.

Aun cuando tuviera un noble el genio de un Trousseau, de un Berryer ó de un Seguin, nadie le llamaría para curar un resfriado, abogar en la causa más insignificante, ó edificar un mal puente de tablas. ¿El comercio? cerrado. ¿La industria? cerrada, ó como si lo estuviera. Para hacer negocio en ella, necesitamos, nosotros, una superioridad que jamás he sentido yo en mí. ¿La política? Casi lo mismo puede decirse de ella. Repróchase á los nobles no tener carrera; pero los que tal dicen olvidan que están excluídos de casi todas ellas, y que las que quedan resultan para ellos diez veces más difíciles por su nacimiento, por el apellido que llevan. ¿Y quiere usted que no diga que somos parias? Le repito que no quise ser uno de esos parias; quedábame el ejército, y, no sin luchas me preparé para entrar en Saint-Cyr. Siquiera en este último sitio pude saborear la dicha de no verme aparte, de sentirme tan francés como los demás, de no verme desterrado fuera de mi tiempo, de mi generación, de mi patria; pode gozar de la alegría del uniforme, de ser un compañero de mis iguales, de ser jefe obedecido é inferior mandado. Sólo arrancándome la vida me arrancarán mi uniforme; el día en que lo perdiera habría perdido al mismo tiempo todas mis razones de existir... Es decir, no todas, puesto que la amo á usted. He querido hablarle á usted hoy mismo para saber si estará usted conmigo ó contra mí en la prueba que se prepara, y que no carecerá de crueldades... Ahora que está usted al tanto de la crisis que voy á atravesar, ¿va usted á contestarme de nuevo el « no » que antes me dijo? No soy altivo ni vanidoso, y por segunda vez le pregunto: ¿quiere usted ser mi mujer, no ya la del conde de Claviers-Grandchamp, cuyo padre y cuyo mundo tanto teme usted, sino la mujer de un soldado del cual renegará el precitado mundo, y que habrá sido rechazado por su padre? Si me ocurriera presidir á un inventario de iglesia, la indignación de los míos estallaría con alguna más furia que si hiciera yo un bodijo, como usted dice, y como no digo yo. Si es usted mía, mi gente se resentirá, no hay que dudarlo; pero, al fin y al cabo, mía será usted. Usted y mi profesión, mi profesión y usted: ¡qué dos fuentes de energía!

— Me ha turbado usted muy hondamente, dijo Valentina. Ya, nada sé... Ya no veo claro en mí... Acabo de verle á usted padecer demasiado... Cuando recibí su carta, de sobra adiviné de qué deseaba

hablarme; mas no lo había adivinado todo. Tomé resoluciones conmigo misma; creía poder cumplirlas; pero, en presencia de su angustia de usted, no puedo llevarlas á cabo... Escuche. Sea generoso. No me haga más fuerza... Deje para más tarde el que le dé esa contestación que me pide ahora mismo... Antes le dije que ya no podría recibirle más en mi casa; bien, pues tampoco yo soy altiva ni vanidosa, y también retiro esa palabra. Puesto que ha de pasar otra vez por París, mañana, de regreso para Saint-Mihiel, vuelva á verme. De aquí á mañana habré reflexionado, y me hallaré en estado de contestar de muy distinta manera que bajo el imprevisto ataque de una emoción que me desconcierta... ¡Ah! ¿por qué, en el transcurso de tantas conversaciones como hemos tenido desde hace tres años, por qué no haberme hablado, como hoy lo hace, de ciertas cosas muy íntimas de usted mismo? Le habría ayudado... ó, cuando menos, lo habría intentado...

— Esa es otra de las miserias del nombre, contestó Landrí. Un sujeto hay que no debe él ser el primero en mentar : el de su nobleza... Mas, cálmese, por favor, como yo mismo me calmo. Mire, ha bastado con que no me repita el « jamás » de antes para que me haya vuelto dueño de mí mismo... Aquí me tendrá usted mañana, y si no puede contestarme aún, esperaré... La he visto compadecerme, comprenderme; esto, ya por sí es una dicha, dicha que borra muchas penas... ¿Soy como usted quiere que sea? ¿Le hablo como desea que le hable?

— Sí, contestó ella, más emocionada de lo que quería aparentar por aquella repentina dulzura, aquella regresión de ternura sumisa después de las precedentes explosiones de pasión. Pero, insinuó, si fuera usted del todo como yo deseo, me dejaría darle un consejo.

— ¿Cuál? preguntó con ansiedad el joven.

— El de confiarle todo esto á su padre. Háblele de sus proyectos, — de mí, si á usted le parece, — pero, por encima de todo, manifiéstele sus aprensiones respecto de los próximos inventarios... — Sí, le debe usted el hablarle de todo eso, insistió Valentina contestando á un gesto del joven. No le hablo de la solidaridad que une á los miembros de una misma familia, para no volver sobre esa cuestión del apellido, aunque nobles y burgueses son iguales cuando se trata de la honra común. Le debe usted el hablarle de todo lo que hemos tratado, por respeto por su generoso corazón. Le quiere á usted, y una decisión tan contraria á sus ideas corre riesgo de causarle una pena muy honda. Es preciso que esas cosas no las sepa él por otro, sino por usted, y antes de que nada ocurra, para que esté al tanto de las causas que las motivan. Sí, dígale todo, y aun cuando censure unas ú otras cosas, ó todas, siquiera tendrá que confesar que es usted digno de estima. Bien sé yo esto último, yo que soy creyente, y que tanto padeceré por ese acto, si llega usted á ponerlo en ejecución... ¡Ah, cuánto voy á pedirle á Dios que no nos someta á tamaña prueba, á su padre de usted y á mí!... Pero, se lo repito, es

menester que comience usted por hablarle al señor de Claviers. ¿No es usted el primero en comprender que es preciso hablarle?...

— Probaré, contestó el hijo, y de nuevo expresaron sus ojos honda tristeza. — No lo conoce usted, añadió, no sabe usted qué imponente resulta, aun para mí. Mas tiene usted razón, y obedeceré á sus deseos.

— Gracias, contestó Valentina levantándose. Y ahora piense en no prepararlo mal descontentándolo. Puesto que manifestó empeño en que asistiera usted á esa caza, ó por lo menos á parte de ella, es menester que se marche usted. Sí, márchese, pues también yo necesito un poco de paz y de soledad... Además, todavía tiene usted que almorzar, y ya son las doce menos cuarto. — El reloj de un convento vecino dió tres campanadas cuyo sonido se prolongó hasta el saloncito de Valentina, por encima de los árboles del jardincillo. El reloj de la chimenea contestó á su vez, con tres notas cristalinas. — Váyase, apenas si le queda tiempo para todo. — Con el automóvil me pondré en hora y media en Grandchamp; pero quiero seguir siendo obediente, tan obediente como rebelde fuí antes. Landrí había cogido la mano de la viuda y la oprimía contra sus labios. Añadió : Se me olvidaba : tengo que ir antes á la calle de Solferino para saber cómo sigue un amigo de mi padre que está muy enfermo... Poco tiempo me robará esa visita.

Retiró Valentina tan nerviosamente sus manos, que no pudo por menos Landrí de preguntarle :

— ¿Qué le pasa?

— Nada. ¿Calle de Solferino?... ¿Entonces se trata del señor Jaubourg? Diga, ¿es á casa del señor Jaubourg adonde usted piensa ir?...

— Sí. ¿Cómo sabe usted su apellido?... Mas, ya caigo : varias veces he ido á su casa al salir de la de usted; hasta recuerdo haberle hablado de él, y no favorablemente... Ahora lo siento; no porque me haya demostrado nunca gran simpatía; recuerdo que cuando quise entrar en Saint-Cyr, alborotó mucho á mi padre contra mí. Le tuve rencor... Pero ya queda lejos todo eso, y sólo quiero acordarme de que está mezclado en todos los recuerdos de mi infancia... La nueva de su enfermedad me ha sacudido íntimamente. Según telegrama de mi padre, que me fué entregado en casa, y en el que me pedía que fuese yo á casa de Jaubourg, está éste moribundo...

— ¿Moribundo? repitió ella. ¡Señor! Espero que no será usted recibido. En el estado de sensibilidad herida en que usted se halla, semejante visita sería harto penosa, y además es inútil... Prométame que no tratará usted de verle.

— ¡Querida, querida amiga! dijo Landrí, apoyando un nuevo beso sobre la mano crispada de Valentina, le repito á usted que no sabe qué calma acaba de devolverme, ni qué valor tendría yo ahora contra las más tremendas catástrofes... Y esa visita no sería una catástrofe... Pero me arreglaré de manera á hacer lo que usted desea, hasta en una cosa tan indiferente. Después de todo, ningún mé-

rito tengo en ello, pues prefiero no interponer ninguna imagen harto penosa entre lo que siento aquí (y designó su corazón) y mi regreso... mañana. ¡Cuán lejos, y al mismo tiempo cuán cerca está, ese regreso!

— ¡Hasta mañana, pues! contestó la viuda con una sonrisa que no supo ver, él, que era forzada... Venga á las dos, como de costumbre, y, adiós, adiós...

— ¡Adiós! Instintivamente se acercó á Valentina. En los ojos del joven brilló un relámpago de pasión inmediatamente reprimido por los ojos de ella. Landrí repitió : Adiós, con voz ahogada por el esfuerzo que hacía para dominarse, para no ceder al imperioso deseo de cubrir de caricias aquel pelo rubio, aquella frente pura, aquella boca que parecía llamar el beso. Se precipitó fuera del salón. Valentina escuchó el paso del joven que atravesaba la pieza vecina y la antecámara, y luego el doble ruido de la puerta de entrada, al abrirse y al cerrarse. Sin duda que ya había salido de la casa, y aún de la calle, y no obstante, seguía la joven en la misma postura, mirando fijamente su pensamiento. Lo que veía ella en éste, no era la silueta elegante y marcial del joven á quien ella amaba, y del que era amada, y de quien *sabía* ella ahora que sería la esposa. No, veíase en Saint-Mihiel, en época lejana, y creía revivir esta hora : Landrí acababa de llegar al regimiento. Valentina tenía una amiga, esposa de uno de los oficiales de aquella guarnición, un tal Privat. En varias ocasiones creyó notar Valentina que dicha

mujer manifestaba al recién llegado una singular frialdad. Sin pesar sus palabras, le preguntó un día (aún recordaba exactamente la pregunta) : « El señor de Claviers-Grandchamp parece serle á usted muy antipático. ¿Por qué?... » Y le parecía estar oyendo á la señora de Privat contestarle :

— Lo confieso; pero eso tiene su raíz en sucesos ya antiguos. Teníamos un primo lejano, llamado Carlos Jaubourg, con el que nos visitábamos mucho; es decir, mi familia y él se veían con frecuencia. Habían imaginado mis padres hacer que se casara con una de mis tías. De repente se enfriaron las relaciones, y dicho enfriamiento data del día en que trabó amistad con los Claviers. Parece ser que sintió, ó por lo menos mis padres así lo creían, parece ser que sintió verdadera pasión por la señora de Claviers. Hasta creyeron mis padres que hubo relaciones íntimas entre ambos. En las familias se saben muchas cosas que el público no comprende. Nuestro primo pareció huir de nosotros, y no trataron mis padres de reanudar, porque semejante paso habría parecido interesado; pues ha de saber usted que el señor Jaubourg es hijo de un agente de Bolsa, y muy rico. Á mi padre le afectó mucho aquel rompimiento, que fué causa de una desgraciadísima unión contraída por despecho, por mi tía. Y por eso le he guardado siempre rencor á la señora de Claviers, quizá injustamente. El ver á su hijo renueva en mí todos esos recuerdos, y no puedo reprimir mi mal humor.

En efecto, ya había transcurrido tiempo desde la

anterior confidencia, y, no obstante, la viuda de Olier recordaba su tristeza de entonces al oir decir todas estas cosas. ¡De modo que, sin saberlo, ya amaba á Landrí! La veracidad de la tal confidencia era garantida, tanto por la persona que la hacía como por la casualidad que la provocaba. Pero podía oponérsele un « quizá »; razón por la cual Valentina no le daba crédito absoluto, aunque dejó en su espíritu una duda indeleble. ¡Cuántas veces se había ella preguntado si la madre del joven cometió alguna falta, y si estaba el hijo expuesto á saberlo! Desde entonces sentía ella como un calofrío cada vez que, en el transcurso de la conversación, pronunciaba Landrí el apellido de Jaubourg; por eso, hoy día, emocionada como estaba, todas aquelles impresiones múltiples y confusas se habían despertado de repente, al anunciar el joven su ida á la calle de Solferino. Lo veía ella á la cabecera de un enfermo que, en su agonía, dejaría quizá escapar el terrible secreto... Tal había sido su miedo, que le arrancó aquella impulsiva súplica, bien imprudente, si en efecto fueron culpables las relaciones de Jaubourg y de la difunta marquesa de Claviers-Grandchamp.

— Estoy loca, acabó por decirse Valentina sustrayéndose á la especie de ensueño despierto que acababa de representarle con detalles de alucinamiento aquella corta escena, su cuarto de Saint-Mihiel, el rostro de la señora de Privat, su voz, sus palabras. Y pensaba ella : Si el señor Jaubourg hubiera sido el amante de la señora de Claviers, no

habría seguido siendo, después de su muerte, amigo del marqués... ¡Con tal que mi gesto y mi exclamación no hayan despertado sospechas en Landrí! Jamás me lo perdonaría á mí misma. No. Es tan leal, tan recto; su corazón es demasiado noble para imaginar en los demás el mal que le horrorizaría á él cometer... Ojalá le hable á su padre de esa posibilidad de una requisición contra una iglesia. Ha prometido hablarle, y le hablará; su padre le impedirá que haga lo que tiene proyectado. Yo, no puedo; le amo demasiado. ¡Señor, cuánto, cuánto le amo!... Me he defendido demasiado, ¡pero hoy, hoy conozco que soy toda suya!...

En aquel mismo instante, se oían risas del otro lado del tabique, risas que anunciaban el regreso de Ludovico. Valentina abrió la puerta para llamar á su hijo, y, estrechándolo contra su corazón, lo besaba con frenesí, para probarse á sí misma que aquel amor al que por fin iba á abandonarse, aceptando ser la esposa de un segundo marido, nada le robaba al hijo del primero, y le decía al pequeño :

— Ya sabes que tu madre te quiere á ti también, lo sabes; repite que lo sabes...

47899